

VÍCTOR MORÁN ARTEAGA

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS...



El Buoy Liberal

© 2023 Víctor Morán Arteaga
© 2023 El Buey Liberal, S.L.
Calle de Galileo, 52- local • 28016 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: elbuey@elbueyliberal.com
www.elbueyliberal.com
ISBN: 978-84-7209-401-7
Depósito legal: M. 17546-2023
Impreso por LAVEL DIGITAL, S.L.
Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de EL BUEY LIBERAL, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**ANTES DEL COMIENZO DE LAS
PESADILLAS**

YO

Lunes, 20,00 horas

En cuanto abrimos las puertas de los coches, tuvimos un anticipo de lo que nos esperaba el resto del mes en Madrid. El aire acondicionado se esfumó en segundos y los treinta grados de temperatura se hicieron realidad. Aunque todavía quedaba bastante del periodo vacacional, lo que era el verano en sí había terminado.

Este año habíamos tenido que hacer auténticos ma-labarismos para poder pasar unos días con las niñas en la playa. Mi mujer, Lola, profesora igual que yo, había perdido su empleo a comienzos de año. Su plaza no era por oposición como la mía y se convirtió en fácil víctima para los recortes. Había ido sobreviviendo con algunas suplencias y esporádicas clases particulares, pero nada que asegurara una nómina fija a fin de mes.

Por todo esto, decidimos pasar menos días fuera y hacerlo en aquellas fechas en las que nos saliera lo más económico posible. Habíamos aparcado en la puerta de casa y sacábamos todo el equipaje al portal. Cuando el coche estuvo vacío del todo Lola fue a guardarlo al garaje y Rocío, Laura y yo, empezamos a subirlo a casa. Con ocho y diez años, no es que fueran de gran ayuda pero, al menos, ponían voluntad.

Habría que pensar qué hacer con ellas hasta que empezaran los colegios. Lola, seguiría preparándose las

oposiciones por si en algún momento las convocaban, y volvería a inundar los centros docentes de Madrid con su curriculum por si surgía algo. De lo que daba clases era de matemáticas, yo las daba de literatura, y la animaba diciendo que en su especialidad, los exámenes de Septiembre era campo abonado para encontrar pupilos que necesitasen sus servicios. Por mi parte, prepararía los exámenes de los que no los habían superado en Junio y planificaría el curso siguiente. Pero las niñas... No podían estar metidas en casa todo el día.

—Bueno,—pensé—ya nos arreglaríamos: piscina, Parque de Atracciones, Zoo, parque... De un modo u otro, las mantendríamos entretenidas.

Cuando íbamos a hacer el segundo viaje con las maletas, Lola se unió a nosotros. En cuanto la vi pregunté:

—¿Y la moto?

—No te preocupes: como la dejaste, e igual de resplandeciente.—Cambiando el tono y cargándolo de sorna, continuó:—y ya lo sé, no hace falta que me lo digas. Luego tendrás que salir y moverla, no sea que no arranque, o que hayan perdido presión las ruedas. Además, habéis estado separados, nada más y nada menos que diez días, ¿qué pareja puede soportar eso?

Las niñas nos miraban sonrientes, mientras se empeñaban en coger los bultos más pesados. Cuando llegamos al primer piso, doña Elisa nos esperaba en el descansillo. Era una mujer mayor, cercana a los ochenta años, viuda y sin hijos que me conocía desde que nací. Cantidad de tardes las pasé en su casa cuando mis padres la pedían que me

cuidara unas horas. Me daba la merienda y me ayudaba con los deberes, mientras trajinaba con madejas de lana y escuchaba la novela por la radio. Yo era lo más parecido al hijo que nunca tuvo, y ella para mí, una auténtica segunda madre.

Había perdido a su marido hacía algún tiempo y, de alguna manera, mi familia ocupó el vacío dejado por aquella muerte. Trataba de devolverle todo lo que me dio cuando era pequeño y procuraba ocuparme de todas aquellas tareas que a ella la sobrepasaban: papeleos, trámites de cualquier tipo y cantidad de otras minucias por el estilo. No obstante su avanzada edad, seguía poseyendo una mente despierta y aguda como las agujas con las que tejía. Encerraba en su interior una sabiduría añeja producto de la experiencia, y la mayor ternura imaginable en un ser humano. Tantas veces como la vida la puso en dificultades, salió de ellas con la sonrisa en los labios y en los ojos.

—Sabía que eráis vosotros. ¡Cómo os he echado de menos! Y eso que este año han sido menos días.

—Pues por eso mismo, se podía haber venido con nosotros. —Le dijo Lola mientras la mujer inundaba a las niñas de besos y las entregaba dos bolsas repletas de chucherías que habría comprado por la mañana, en previsión de nuestro regreso.

—Sí, justo lo que os hacía falta: dos niñas pequeñas y un carcamal como yo. Pero miradlas. Mirad lo guapas que están. ¡Y qué morenas! Si yo creo que hasta han crecido. A ver, a ver: poneos ahí las dos juntas, que os vea bien.